

DISCURSO DE APERTURA

EL PROBLEMA DEL ATLÁNTICO EN LA PREHISTORIA

POR

LUIS PERICOT

Mfco. y Excmo. Sr. Rector, Excmos. Sres., dignísimas autoridades, queridos colegas, señoras y señores:

Me corresponde hoy, como presidente de este Simposio por designación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas que lo ha patrocinado, el dirigiros unas palabras de bienvenida y de gratitud. Quiero también, brevemente, exponeros qué propósito nos ha guiado a los organizadores del Simposio y cómo puede plantearse la problemática con la que nos enfrentamos.

Considero como un privilegio haber podido de alguna manera impulsar lo que fue el Congreso de Prehistoria Panafricana que aquí se celebró en 1963. Aquella reunión había de presentarnos la cara africana de las Islas Canarias, y los especialistas africanos, o africanistas europeos consagrados al estudio de Africa, nos dieron una lección de actividad investigadora.

En la primavera de 1969 se estudió otra de las caras, otra de las facetas canarienses: el problema de la presencia en el Archipiélago de la raza de Cro-Magnon. En cierta manera a esto le podríamos llamar la cara europea, o por lo menos mediterránea de nuestras islas. ¿Qué mejor puede unir esta lejana tierra meridional a ese mundo audaz y enigmático de los navegantes europeos de la Edad del Bronce que el recuerdo de esa primera raza civilizada? Quedaba una tercera cara, de la que nos habíamos ya ocupado pues no en balde se trata de un tema muy querido

para algunos de nosotros: el de la cara atlántica, a la que se dedica este Simposio, en el que naturalmente varían algunas de las personas asistentes a los anteriores. Habremos con ello dado la vuelta a todos los enigmas que nos ofrecen las Canarias primitivas.

De este enigma atlántico, como símbolo de su misterio, procede el emblema que hemos adoptado, el laberinto de Mogor, que tiene su hermano en el de Hollywood en Irlanda, y a sus primos en las paredes de las cuevas de la isla de La Palma, y que aparece igual en tierras americanas atlánticas, pues de ellas aprendí su especial dibujo.

Por mi parte, tras haber impulsado, hasta donde mis fuerzas podían hacerlo, el estudio de las tres facetas de la vieja cultura canaria, no creo que tenga ya pretexto para seguir ocupándome directamente de ella, aunque me quepa el gozo de contemplar, el tiempo que la Providencia tenga dispuesto, los progresos que los demás, mis actuales colegas, puedan todavía realizar.

Cierto es que en la ocasión presente hemos mostrado una osadía que acaso a algunos os parezca excesiva. Hasta ahora mirábanos las fachadas próximas, en las que fácil sería sostenernos. Ahora, en cambio, nos atrevemos a lanzarnos, si no a lo desconocido del todo, sí a espacios y abismos insondables, en los que naufragar es muy fácil. La razón de que nos hayamos atrevido a tanto la da quizá el ejemplo de quienes han expuesto su vida y no, como es nuestro caso, sólo su prestigio científico. Cuando existe quien juega su vida por demostrar una teoría científica, los demás, que nos movemos en el puro orden intelectual, nos cubrimos con el heroísmo del primero. Nuestro rasgo está, pues, al alcance de cualquiera.

ASLACIONISMO Y DIFUSIONISMO

En realidad nos enfrentamos con un problema viejo como la Ciencia, pero que, sobre todo en los dos últimos siglos, ha tenido tantas repercusiones y ha movido tantas pasiones que se explica que algunos autores acepten una solución extrema, y sigan ya entonces sin freno alguno por caminos peligrosos.

El problema es nada más y nada menos que el de adivinar,

situados ante dos fenómenos culturales, del orden que sean, y en el caso de que tales fenómenos nos parezcan como semejantes en mayor o menor grado, si en la creación de cada uno de ellos ha actuado algún impulso emanado del otro, o si ambas creaciones nada absolutamente tienen que ver entre sí. Es decir, estamos aún, como en tiempos de Weule, ante el dilema Zusammenhang oder Konvergenz. Nada ni nadie ha dado todavía una respuesta clara a este dilema; nadie ha encontrado el camino para facilitar una respuesta convincente. Y el mundo de la Antropología cultural está dividido en dos grandes fracciones: la de los que prefieren la explicación difusionista en el caso de varios fenómenos que se comparan, o la de los que se inclinan por una solución aislacionista.

A lo largo de nuestra vida hemos tenido ocasión de apreciar grandes cambios en la mentalidad de los antropólogos cuando se enfrentan con ese permanente problema.

Miremos lo que pasa en América, que por su curiosa historia es el mejor banco de pruebas que la Antropología cultural conoce. Cuando yo empecé a interesarme por la antropología americana, el aislacionismo era el monopolio de las escuelas mejor informadas, provistas de una ortodoxia apoyada en métodos rigurosos y que no dejaba escapatoria para la imaginación o la fantasía. El aislacionismo cultural parecía en América la única doctrina posible, si no se quería caer en las fantasías de los aficionados. En el campo de los difusionistas de entonces dominaba el puro instinto anárquico que hacía que cada autor tuviera su sistema propio.

Cuando mayor parecía el dominio de la hipótesis aislacionista empezaron a oírse voces autorizadas que ponían en duda la ortodoxia tradicional. Sobre todo se elaboró una teoría muy compleja, por la Escuela Histórico-Cultural o Escuela de Viena, que llegó a hacer furor en el campo de la Etnología, despertando al mismo tiempo las iras y protestas, sobre todo de las escuelas norteamericanas.

Precisamente el difusionismo de estos últimos años en lo que se refiere a América se ha visto reforzado por empresas y realizaciones que más que un afán científico han tenido un móvil deportivo o simplemente aventurero. En este sentido el hecho más

trascendental se produjo cuando en 1947 Thor Heyerdahl y sus compañeros lograron pasar, en una balsa del tipo que conocían y usaban los antiguos navegantes de la costa septentrional del Perú y el Ecuador, desde estas riberas americanas hasta las islas orientales de la Polinesia. Hace unos meses, Heyerdahl con varios compañeros, entre los que se halla un colega nuestro, el antropólogo profesor Santiago Genovés, atravesó el Atlántico partiendo de las Canarias en una embarcación de papiro. Tras ellos han seguido otros aventureros y navegantes solitarios. Hace pocas semanas la hazaña de Heyerdahl, a bordo de su «Kon-Tiki» se vio empuñada por la de otra balsa con la que otros cuatro navegantes, dirigidos por un español, recorrieron el Pacífico desde las costas sudamericanas hasta las de Australia.

Cierto es que esas magníficas hazañas deportivas no demuestran sino la relativa facilidad con que un grupo de hombres puede atravesar enormes espacios del océano. Pero nunca pueden darnos la seguridad de que tal hazaña se realizara efectivamente por remotos antepasados. No cabe duda sin embargo de que ya no podemos mirarnos estos problemas como lo hacíamos antes de Heyerdahl. Era sin duda más cómodo que en el presente, pues si nuestros estudios nos llevaban a la orilla de un océano o de un mar cualquiera, creíamos poder asegurar que allí terminaba nuestra investigación histórico-cultural.

Derribadas las viejas murallas del aislacionismo americano, las teorías de difusión cultural desde Asia a través del Pacífico penetraron en alud en la vieja fortaleza en la que pocos pilares pudieron quedar en pie.

De igual manera que las técnicas más rudimentarias de la talla de la piedra o del trabajo del hueso se hicieron derivar de prototipos asiáticos a través del istmo de Bering, existente en momentos álgidos de los periodos glaciares, poco a poco se fueron buscando orígenes y paralelos para las altas culturas de Mesoamérica. Curiosas concordancias en el arte, en la religión y en la ciencia que gracias a bien estudiados hallazgos conocemos, buscaron su camino a través de la larga ruta del Pacífico, abarcaron desde la etapa neolítica y su cerámica hasta las más elevadas de Mesoamérica.

Nadie ha negado que sea el camino del noroeste, de diversas

maneras, el más importante y fundamental tanto para el poblamiento de América como para la entrada de su cultura. Pero a su lado cada vez se han tenido más en cuenta rutas marítimas en las que simples balsas o navíos de alto bordo (los juncos chinos), en tiempos que se hallan situados alrededor del comienzo de la Era, a la par que se veían arrastrados a las costas americanas, llegaban allí en busca de jade y otros productos, han podido servir de vehículos para la trasmisión de los fenómenos culturales: religión, ideas políticas, instituciones sociales, cultos y divinidades, arte, en todas sus manifestaciones.

Sería inacabable la enumeración de los mil y un elementos culturales a los que se ha hecho cruzar el Pacífico en un movimiento de Asia a América. Claro que quedan muchos puntos oscuros. ¿Qué decir, por ejemplo, de la cerámica y, sobre todo, del Neolítico?

Para la primera caben muchas hipótesis. Hoy incluso, parece seguro que cerámica japonesa de la cultura de Jomon alcanzó el Ecuador. En cuanto al Neolítico no hay razones aún para inclinarse a un origen concreto y de cronología segura. En todo caso es evidente que en la domesticación de animales, América se muestra solitaria, y en la domesticación de plantas útiles poseyó un repertorio totalmente peculiar. Acaso fue sólo la idea del cultivo vegetal lo que pasó a América. Pero hoy parece seguro que muchos de los elementos por lo menos de las altas culturas de la América nuclear llegaron realmente a través del Pacífico. Y fue el Pacífico también el que en sentido inverso pudo llevar la batata de América al Viejo Mundo.

La empresa de Heyerdahl fracasó en cierto modo al no haber seguido la ciencia etnológica las ideas de ese gran deportista, quien llegó a publicar un libro muy denso en favor de su hipótesis, el poblamiento y la aculturación de la Polinesia por gentes llegadas de las costas sudamericanas.

Incluso cuando, hace pocos años, Heine-Geldern dio cuenta del hallazgo de una figurita de barro cocido de indudable aspecto romano en la costa de Veracruz, explicó el hallazgo como procedente de una factoría romana de la época de Trajano en el sudeste de Asia, de donde pasaría al comercio chino que lo llevaría al territorio americano.

En los últimos años, los estudios de Kircholl han ido penetrando profundamente en los aspectos más salientes del pensamiento centroamericano, y así dicho autor establece curiosos paralelismos entre los símbolos de los dioses centroamericanos y del calendario maya con los símbolos semejantes que se pueden observar en el sudeste asiático.

En la actualidad, como dijimos, parece como si apuntara una tendencia en sentido opuesto. Tras la euforia difusionista vuelve la reflexión aislacionista a exigir la prudencia en los científicos.

Hemos hecho esta larga relación previa para situar un poco el problema del origen de la cultura americana. Es fácil observar que en toda ella se habla mucho del Pacífico y poco del Atlántico. En realidad entre antropólogos casi nunca se habla del Atlántico. Acaso porque se ha hablado demasiado y, sobre todo, demasiado alegremente.

No hay duda de que ha perjudicado mucho a la investigación seria del Atlántico y América el hecho de que exista el mito de la Atlántida, que, como todos los grandes enigmas de la Historia, altera el buen juicio de muchas gentes.

Pero no nos engañemos: además de ese mito llevamos el lastre del escasisimo número de datos que tenemos para contradecir la corriente de opinión más divulgada.

Ante esta situación es por lo que nos hemos planteado el problema de nuevo y por ello estamos aquí. Quienes tuvimos la idea de este Simposio, pensamos que ya era hora de reunirnos unos cuantos especialistas nacionales y extranjeros para plantearnos honestamente los problemas y, sin ningún prejuicio, analizar qué posibilidades y qué indicios pueden hacerse valer todavía en favor de unas conexiones transatlánticas, que cabe hayan dejado en América alguna huella cultural del Viejo Mundo sin necesidad de recorrer el largo camino hacia el este que todos aceptamos como el primordial.

Claro está que ha habido siempre autores que han pretendido un poblamiento de origen europeo o africano para América, y la historia de tales elucubraciones constituye uno de los más divertidos capítulos de la Etnología y puede ser seguido en cualquiera de los manuales de Arqueología americana. Baste recor-

dar las fantasías del poblamiento hebreo, griego, cartaginés, hispano, celta, germano, negro... En fin, que no ha habido pueblo ni cultura del que no se haya supuesto alguna vez que alcanzó con su influencia hasta el Nuevo Mundo. Recordemos las hipótesis extremosas de la Escuela Helolítica, para la cual toda la cultura humana tenía su centro, su foco de origen, en el antiguo valle del Nilo. Y no digamos nada de lo risibles que nos parecen ahora las teorías del origen hebreo («la n de indio vuelta al revés hace iudio...», como decía nuestro buen Andrés Rocha). De los españoles se habían dicho cosas maravillosas ya que siendo, según algunos, descendientes de los atlantídeos, Dios no habría hecho sino devolver América a España, que ya la había poseído. No menos risibles eran las fantasías de Bernardino de St. Pierre y de Lorette en las que aparece el soberano etíope deportando, 5.000 años a. C., a sus prisioneros de guerra a América.

Todavía en 1930, Cauvet utilizaba el parecido, entre otros, del nombre de Jíbaros con Iberos para montar una hipótesis de poblamiento africano en América, poblamiento o influencia que, con otras razones, habían defendido Hugo Grocio, Paul Gaffarel, Leo Winner, L. Capitán, entre los autores más destacados.

Las maravillas del arte maya y de su cultura astronómica y matemática explican que estudiosos como Zeila Nuttall y Putman establecieran paralelos entre las culturas mediterráneas, la egipcia principalmente, y las centroamericanas. Ideas que Brasseur de Bourbourg, Le Plongeon o Soto Hall convertían en absurdas fantasías.

Hoy ya, depuradas las cosas, no nos asusta el difusionismo mientras se mantiene dentro de límites prudentes. La historia que pretendemos desvelar es muy compleja.

Evidentemente, el obligado lazo del estrecho de Bering, mismo en las etapas glaciares, explica que el origen asiático de la población y de las primeras culturas americanas aparezca claro. Ya lo vio nuestro buen P. Acosta. El peso de los polinesios con su capacidad marinera y el milagro de su dispersión por centenares de islas, también ha influido para que el Pacífico parezca la única vía segura. Por último, es innegable que los paralelos culturales, religión, calendario, al lado de mil detalles (en cultivos y técnicas) concuerdan con la hipótesis «pacífica» y que la cul-

tura china, que disponía para su comercio de navíos capaces de largas travesías, ya en tiempos anteriores a nuestra Era, explica muchas de las cosas que nos sorprenden en las altas civilizaciones mesoamericanas.

Y ello no quiere decir que no debemos colocar en el platillo de la balanza americana una buena dosis de cualidades endógenas, capaces de adaptación y creación. No todo se debe a la capacidad de imitar lo que surgía a miles de kilómetros al oeste, en otro lejano continente y que de algún modo, incompleto e imperfecto siempre, llegaba en pequeñas dosis a América.

Para decirlo en términos vulgares, no hay por qué empequeñecer la capacidad creadora de los indígenas americanos, que dieron sobradas muestras de su talento e inventiva creadoras.

Como factor que no hay que olvidar en esta pugna, queremos reafirmar el papel del Atlántico. Los arqueólogos y americanistas españoles hemos estado siempre asomados al Atlántico. La fachada atlántica de nuestra Península, que compartimos con Portugal, nos ha preocupado siempre. Y, ya sin las fantasías de tiempos pasados, nos hacemos la pregunta: ¿Cuándo este Océano empezó a ser surcado por el hombre? ¿Hasta dónde profundizaron sus ribereños?

Preguntas difíciles de contestar. Ya es bien sabido que el tema de la navegación entre los hispanos de tiempos protohistóricos, por lo menos de los iberos, ha tenido poca suerte. Ahora empezamos a rectificar criterios negativos, gracias a la fuerza que nos da la realización de aventuras como las de Heyerdahl. Ahora, al llegar a una orilla ya no nos parece que hemos llegado a un non plus ultra. Por esto valoramos mucho más de lo que se hacía hace unos años las posibilidades atlánticas, y puestos en este camino, salta en seguida la cuestión: ¿No sería posible que, a favor de la facilidad que las corrientes proporcionan, según los modernos ejemplos de travesías garantizan, hubieran pasado a América desde las costas atlánticas, europeas o africanas, pequeños grupos humanos, portadores de algún elemento cultural?

Nadie puede negar hoy que ello es posible y verosímil, me atrevería a decir hasta que probable. Pero la respuesta totalmente afirmativa hay que apoyarla en hechos concretos, que habrá

que manejar con la máxima prudencia para que no tomemos una vía falsa.

No me sería posible aquí en unos pocos minutos, resumir todo cuanto puede decirse sobre este apasionante tema. Por ello me limitaré a sugerir lo que a mi modo de ver pudiera ser una lista de temas para este Simposio y los que le sigan, prescindiendo de las navegaciones medievales de los normandos.

1. *Acción de vientos y corrientes desde el Neolítico, que hayan podido facilitar el cruce del Atlántico.*
2. *Remota posibilidad de contactos en el Paleolítico superior, como Greenman ha replanteado recientemente. Cuestión del parentesco: raza esquimal-Chancelade-magdalenense.*
3. *Navigaciones atlánticas en la Edad del Bronce. Grabados rupestres y su extensión. Mediterráneos en Canarias (plástica en barro cocido) y posiblemente arrastrados a América. Papel posible de los tartesios.*
4. *Navigaciones púnicas. Datos de los escritores antiguos sobre islas boscosas y con grandes ríos en el Atlántico. Papel de las Canarias en este caso.*
5. *Idem respecto de los romanos.*
6. *Posibles travesías por africanos antes de nuestra Era.*
7. *Navigaciones aisladas en la Edad Media desde Africa.*
8. *Reacción sanguínea en Sudamérica que hace pensar a Mourant en una aportación canaria.*
9. *Caso del algodón y de su hibridación.*
10. *Caso de las pintaderas. Teoría de Alcina.*
11. *Caso de la trepanación.*
12. *Caso de la Lagenaria. Teorías de Merill.*
13. *Caso de la momificación.*
14. *Problema del maíz y otras cuestiones paleobotánicas.*
15. *Paralelos Egipto-Mesoamérica.*
16. *Los paralelos en el arte rupestre.*
17. *Otros paralelos etnográficos.*
18. *Posibles contactos en los tiempos inmediatamente anteriores al descubrimiento. Enseñanzas de la reciente aventura de Heyerdahl.*

Todo ello debiera ser estudiado y valorado, para lo que deseábamos reunir especialistas de distintas escuelas. Sin duda en este primer Simposio nos faltan peritos en cuestiones fundamentales como la climatología atlántica y la Paleobotánica. Somos conscientes de nuestras deficiencias, pero esta reunión no intenta ser, por lo menos en la mente de quienes la concebimos, una panacea para resolver los inquietantes problemas del Atlántico. Pretendemos, tan sólo, modestamente, iniciar unos coloquios que estamos convencidos han de adquirir con el tiempo un gran desarrollo. Hemos querido contar entre nosotros con un especialista del americanismo al que se deben grandes descubrimientos y que está profundamente interesado en esos problemas como es el profesor De Terra. Con africanistas tan notables como ese ya viejo amigo mío el profesor Balout y el no menos experto profesor Mauny, o el joven y ya ilustre profesor Schobinger que nos traerá el saber de los arqueólogos sudamericanos. A última hora el profesor Comas no ha podido desplazarse. Entre nuestros colegas españoles no podían faltar los ya numerosos representantes de los estudios colombinos y atlánticos en general. Conocéis sus nombres y no es necesario que les dedique otra cosa que nuestra gratitud por haber aceptado venir. Quisiera sólo resaltar la presencia de un genetista, el profesor Valls, que esperamos aporte algún dato interesante, y semitistas, los profesores Pérez Castro, que nos dará la última versión sobre hallazgos de carácter púnico, y el profesor Vernet, que nos dará noticias de gran interés sobre las posibilidades de navegaciones musulmanas en la Edad Media. Por mi parte deseo intervenir para hacer la crítica de algunas teorías recientes, pero dejo a mi compañero, arqueólogo, Dr. Alcina, sin cuyos desvelos esta reunión no habría podido celebrarse, la tarea de vanguardia, de avanzada en la discusión etnológica, para presentar sus hipótesis que se dirigen francamente a la aceptación de las influencias europeo-africanas en el proceso de poblamiento y aculturación del Nuevo Mundo.

Y no me queda ya más sino agradecer al Consejo Superior de Investigaciones Científicas, en especial a sus Patronatos «Saavedra Fajardo» y «José María Quadrado» y al Instituto de Estudios Africanos, a la Dirección General de Relaciones Culturales del Mi-

nisterio de Asuntos Exteriores y a las autoridades y corporaciones de estas Islas, por la ayuda generosa que nos han prestado, siguiendo en ello la tradición que ya iniciaron en beneficio de nuestros estudios con ocasión del V Congreso Panafricano de Prehistoria en 1963, y el Simposio sobre el hombre de Cro-Magnon en 1969.

Muy especialmente quiero agradecer a la Universidad de La Laguna que hoy nos acoge en esta solemne sesión y a los arqueólogos y científicos en general, nuestros amigos en estas Islas, faltos muchas veces de ayuda peninsular. Gracias, muchas gracias, a quienes os habéis desplazado de tierras lejanas para compartir nuestras inquietudes científicas. Por último, he de expresar el profundo agradecimiento que los organizadores de este Simposio debemos al «Anuario de Estudios Atlánticos» que de nuevo ha tomado sobre sí la publicación del mismo. Y una vez más al colega Antonio Rumeu de Armas, por haber hecho posible este decisivo apoyo.

Espero que nuestras jornadas resultarán fructíferas a la par que agradables, en el estupendo marco de estas Islas y con la simpática hospitalidad de sus habitantes.

Confío en que esto no es sino un comienzo. Y que quienes nos sucedan no creerán inútil nuestro esfuerzo actual y se considerarán sucesores nuestros.

¡Ojalá ellos puedan obtener la respuesta acertada!

He dicho.